

El mobiliario de nuestras viviendas

Con motivo de la próxima Exposición Internacional de Barcelona

Anúnciase para la primavera próxima una Exposición Internacional de Muebles y Decoración de Interiores, en Barcelona. Confiamos en que la aportación extranjera le preste un interés que los españoles solos no podríamos darle.

La industria del mueble, en efecto, marcha en España por cauces rutinarios y puramente comerciales, sin que la fecunde y ennoblezca preocupación alguna artística. Influyen principalmente en ella dos factores: el gusto de la burguesía que con sus compras la sostiene, y la orientación de los industriales que la explotan, dejando aparte la calidad de la mano de obra que es, entre nosotros, excelente y apta como pocas para adaptarse a todo. Ambos factores no pueden ser en este momento más deplorables.

* * *

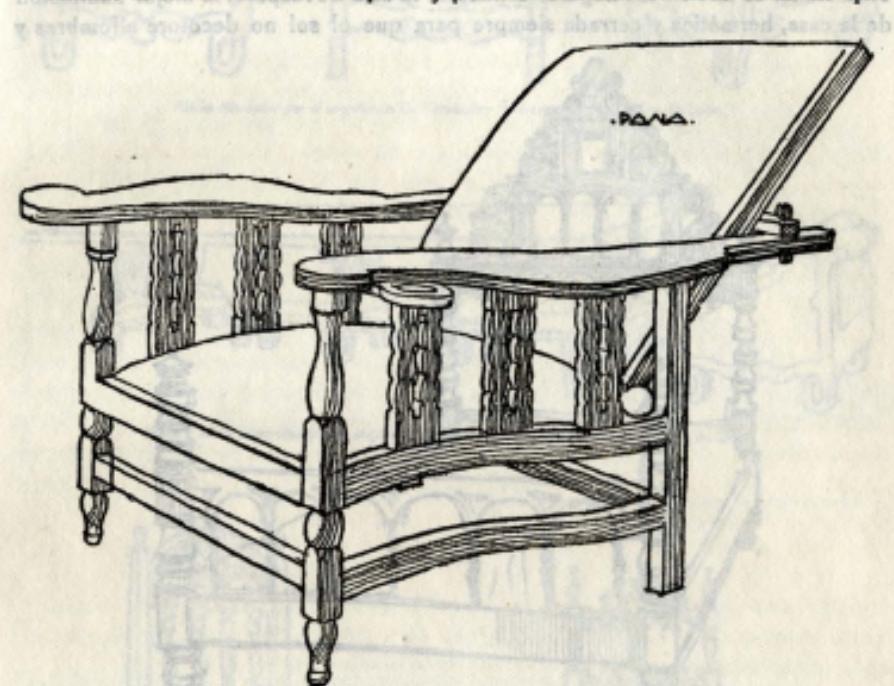
Nuestra burguesía carece casi en absoluto de sentido artístico en lo que a la casa se refiere. Aun gentes inteligentes, de extensa cultura, no distinguen entre un mueble sólido y bello y otro de formas desgraciadas acabado de salir de un mal almacén; entre una habitación en cuyo ajuar haya algo de personal, y otra que tenga un mobiliario íntegramente comprado en una tienda, según el deplorable gusto del mueblista. Ni en la infancia ni en la juventud se intenta siquiera desarrollar la sensibilidad artística de los españoles. Hay muchas gentes que mueren cargadas de años sin haber prestado la menor atención a todas esas cosas que conviven con nosotros, que son como testigos silenciosos al través de nuestra existencia: el lecho, en el que nacemos, transcurre gran parte de ella y acabamos por morir; las sillas y butacas, en las que reposamos; nuestra mesa de trabajo; la vajilla, en la que comemos...

Y cuando un trabajador intelectual, un médico, un abogado, un ingeniero, está en trance de matrimonio o va mejorando con su esfuerzo de posición económica, circunstancias las más frecuentes de adquisición o renovación del menaje doméstico, como no posee orientación artística, como no es capaz de distinguir entre un objeto práctico y bello y otro que no lo es, se entrega al industrial, quien le llena la casa de todos esos armatostes incómodos, frágiles, feos y caros que vemos primero, relucientes y recién barnizados, en las tiendas, y luego, un tanto deteriorados, con la vejez desgraciada de las cosas que nunca han sido bellas, en casi todas las viviendas.

Para acentuar aún más su fealdad, el hombre que, mejorando de posición económica, renueva su ajuar doméstico, suele desear que éste sea rico y lujoso, que dé la impresión a las gentes de su prosperidad económica. Y los muebles ostentosos, si son buenos, cuestan mucho dinero, por lo que el comprador, atento sólo a

aparentar, careciendo de sensibilidad y de gusto artísticos, escoge lo más aparatoso y reluciente, que viene a ser lo mismo que llevarse lo peor y más feo, las habitaciones estilo *historia universal*: alcobas Luis XV o XVI, salones Imperio, comedores ingleses, despachos españoles. Tales nombres llevan en el comercio unos muebles livianos y desgraciados que tratan de plagiar torpemente los del pasado.

Antaño la moda caminaba despacio y pasaban docenas de años antes de que

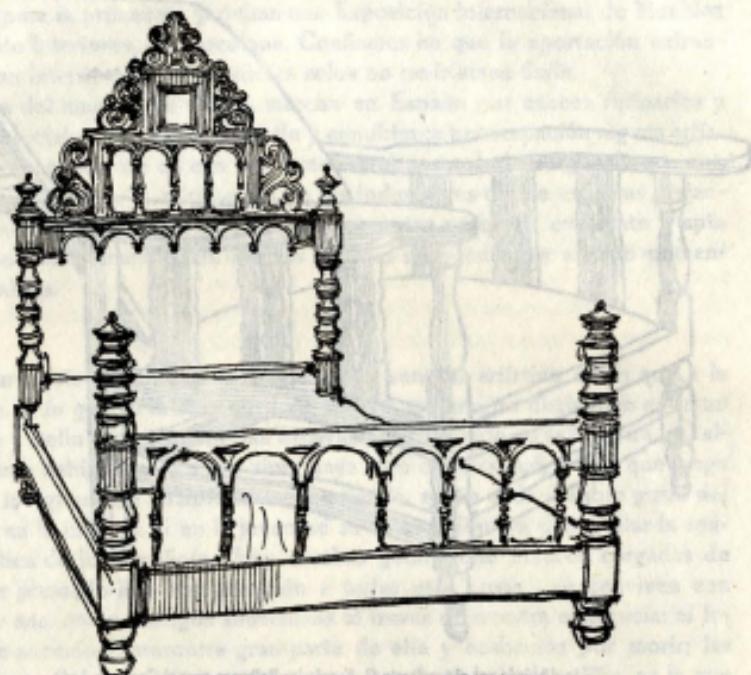


Silla dibujada por el arquitecto G. Fernández Balbuena para el Casino de León.

un mueble dejase de ser de actualidad. Es verdad que eran sólidos y estaban bien construidos; servían para varias generaciones y, transmitidos de padres a hijos con la casa, conservaban algo del espíritu familiar. El mobiliario se iba renovando muy despacio y pieza por pieza; así, el mueble recién comprado no alteraba el aspecto tradicional del hogar. Hoy el ideal de todos los burgueses es adquirir un mobiliario nuevo y que el menaje de cada habitación sea de estilo (?) distinto: un salón árabe, un despacho español, la alcoba Luis XVI, el comedor inglés, es decir, que la casa quede convertida en una exposición de malos muebles, entre los que parecen sobrar sus ocupantes.

Pasamos por la vida ciegos para las cosas que nos rodean, sin darnos cuenta de que hay objetos amables que pueden contribuir a hacernos más grata la existencia, y otros, en cambio, que crean alrededor nuestro un ambiente inhospitalario de frialdad. En la mayoría de nuestras moradas no hay nada personal, nada íntimo; vivi-

mos en ellas como pudiéramos hacerlo en las habitaciones de un hotel: los interiores de las viviendas de los que se casaron por los mismos años, no se diferencian más que en los retratos de deudos y amigos que suelen decorar las paredes y alinearse encima de mesas, pianos, cómodas y estanterías. Alhajamos nuestras viviendas pensando más en los que han de venir a visitarnos que en nuestra comodidad. Tradicional es aún en los hogares españoles la sala de respeto, la mejor habitación de la casa, hermética y cerrada siempre para que el sol no decolore alfombras y

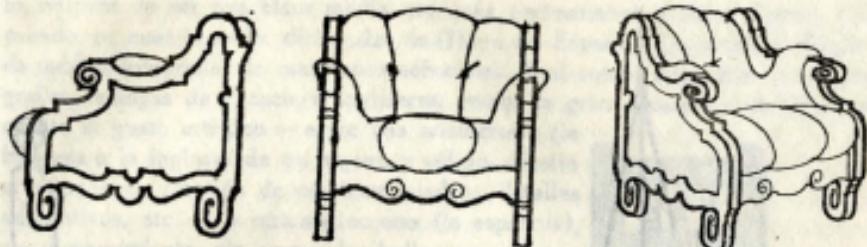


Dibujo del arquitecto Pedro Muguruza.

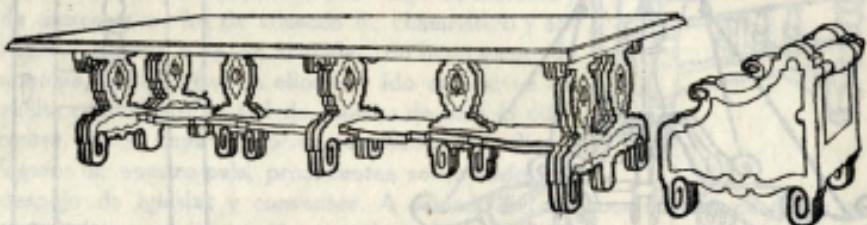
cortinas, cuyas persianas se abren cuando entra una visita, pieza de la que están excluidos los niños.

Las gentes modestas de sentido artístico refinado, no estando en condiciones de adquirir los muebles buenos — ingleses, sobre todo — por su alto precio, compran en las tiendas de anticuarios los restos de los menajes de antaño, que, arreglados, hacen todavía buen papel. Aun resulta esto más económico que la adquisición de las habitaciones completas de estilo (?) en los almacenes de los mueblistas. Tales muebles tienen casi siempre una dignidad que a los fabricados hoy día les falta. Su vejez es noble y dilatada.

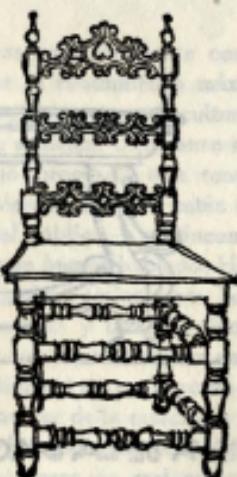
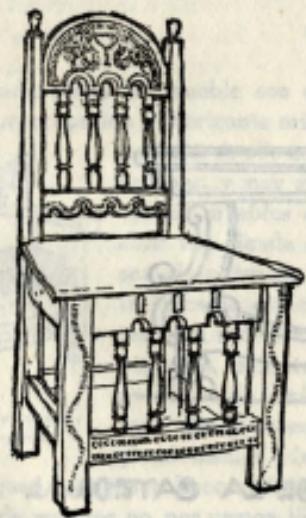
¿Y la aristocracia? ¿Cómo están decorados, qué muebles ocupan los salones y cuartos de las residencias señoriales? En España, respecto a cultura y refinamiento



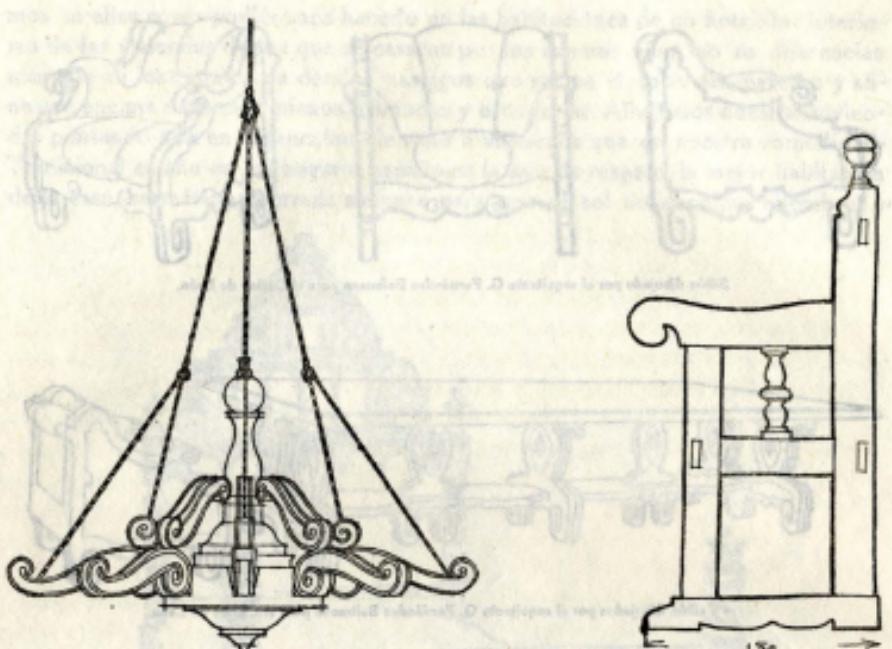
Sillón dibujado por el arquitecto G. Fernández Balbuena para el Casino de León.



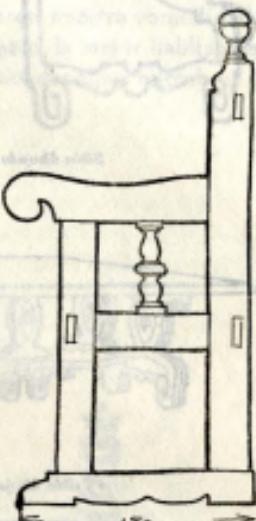
Mesa y sillón dibujados por el arquitecto G. Fernández Balbuena para el Casino de León.



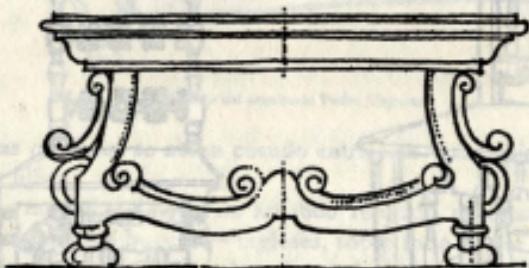
Dibujos del arquitecto Pedro Méguruza.



Lámpara dibujada por el arquitecto G. Fernández Balbuena para el Casino de León.



Sto. Oficio de León.



MESA DE LA SACRISTIA DE LA CATEDRAL

SiGLENZA

Dibujo de García Mercadal y Rivas Estale.

to, no pasa de ser una clase media con más pretensiones y algún dinero. De cuando en cuando — ha dicho *Azorín* (1) —, en España, alguna revista ilustrada publica fotografías de mansiones señoriales. Y al compararlas con otras fotografías análogas de Francia e Inglaterra, vemos la gran distancia que hay — en cuanto al gusto artístico — entre una aristocracia (la francesa o la inglesa) de un seguro y sólido criterio artístico — en elección de muebles, cuadros, detalles decorativos, etc. —, y otra aristocracia (la española), sin discernimiento, sin amor a las bellas cosas, y aun sin respeto a la tradición que sus antecesores han contribuido a formar. Los salones de sus palacios son hoy de difícil clasificación. Tienen algo de sacristía y de museo, y mucho de almacén de chamarilero y anticuario, sin una nota de sencillez, de buen gusto, de armonía, de intimidad. A ellos han ido a parar en revuelta confusión infinidad de objetos de las más diferentes clases, usos y épocas, comprados en villas y lugares de nuestro país, procedentes sobre todo del despojo de iglesias y conventos. A su lado figuran buen número de *falsas antigüedades*, cuya fabricación constituye hoy excelente negocio, desde el cuadro que muestra en un gran letrero el nombre de Velázquez o Van-Dick, hasta el arca labrada en nuestros días a base de una tabla antigua.

* * *

Los industriales del mueble son entre nosotros exclusivamente comerciantes sin más preocupación ni horizonte más amplio que el rendimiento máximo de su negocio.

A ello contribuye, en gran parte, su incultura de todos órdenes, y muy singularmente artística. Dedicarse a fabricar y vender muebles con el mismo programa que tendrían para abrir una tienda de comestibles. La mayoría están de gusto y sentido artísticos a la altura del público, y producen esas habitaciones de estilo (?) de las que hemos hablado. Hay gabinetes para recién casados, despachos serios para hombres de negocios, bibliotecas para rentistas y toreros, alcobas claras para hijas de familia, habitaciones vaporosas para entretenidas; todo ello se parece bastante, tiene el mismo aspecto de fealdad y endeblez. Y además suele carecer de la condición primordial

que un ajuar debe tener: la comodidad, el sentido fundamentalmente práctico. Aun después de muertos no nos vemos libres de estas cosas de mal gusto. Entonces caemos en manos de los proveedores del mobiliario fúnebre, y nuestros restos serán encerrados en una caja pretenciosa, llena de floripondios y garambaines.



Dibujo del arquitecto
Pedro Mugurza.

(1) La obra de un crítico, en el diario A.B.C.

La gran creación moderna de los mueblistas ha sido, dejando a un lado las imitaciones extranjeras, el llamado mueble de estilo español. Su generación es tan difusa y tantos sus procreadores, que es difícil concretar responsabilidades: tendencia universal al nacionalismo artístico, estudios modernos sobre la historia del arte español, conferencias y prédicas de eruditos... Esos y otros muchos hechos, excelentes de intención y muy laudables, engendraron inconscientemente, sin proponérselo, el llamado estilo español. El resultado de generación tan difusa e inesperada, fué, naturalmente, un aborto. Los industriales le acogieron con alborozo, pues les daba una fórmula sencilla y económica; ahorrábanse trabajo mental, y con excelentes operarios como son los españoles, con buenos tallistas, y repitiendo modelos ligeramente transformados, la clientela quedaba satisfecha. Empezaron a llenarse nuestras casas de muebles oscuros y severos, y el damasco prodigóse desde las paredes hasta los almohadones de las sillas y las colchas de los lechos.



Dibujo del arquitecto Pedro Muzuraga.

La reciedumbre de los muebles antiguos, que les hace eternos, conviértese en sus plagios en delgadez inverosímil, equiparable a la livianidad de aquellos otros que se llamaban metafóricamente hace veinte años de estilo inglés, y que eran propios para gentes ingravidas y etéreas. Así semejan los descendientes degeneradísimos de los de antaño. Es la moda que hoy triunfa de los muebles incómodos y torturantes. Pues hay que convenir en que el mobiliario de nuestros antepasados era bello y más propio para la contemplación que para el reposo. Aplaudiremos un interior del siglo XVII en el escenario del teatro de la Princesa; pero si en una casa, entre varios muebles castizos, apercibimos una butaca americana, ésta se llevará nuestros sufragios y, a poder ser, el peso de nuestra persona. Los mueblistas han contribuido en gran medida a este desasosiego que nos invade al encontrarnos entre mobiliario de estilo español. Muchos de ellos, sin sentido artístico ni práctico, han tallado adornos y relieves en los respaldos de los sillones, cuya impronta solemos llevarnos en las espaldas, después de un rato de permanecer sentados; han llenado también de decoraciones talladas los tableros de las mesas, las cuales, claro está, no sirven entonces para escribir, ni se puede colocar objeto alguno nivelado sobre ellas; en los braseros, estos braseros que no se encienden nunca, y cuyo oficio es el de dar ambiente señorial y rancio a la casa, han decorado la tarima, para que, de usarse, sea imposible calentarse los pies; han esculpido cabezas de guerreros en las puertas de las estanterías, desde donde nos miran con gesto entre

La reciedumbre de los muebles antiguos, que les hace eternos, conviértese en sus plagios en delgadez inverosímil, equiparable a la livianidad de aquellos otros que se llamaban metafóricamente hace veinte años de estilo inglés, y que eran propios para gentes ingravidas y etéreas.

Así semejan los descendientes

cómico y feroz. ¡Y qué tallas! Parecen hechas a molde por un torpísimo obrero. Si fueran obra de los pueblos salvajes de África u Oceania, tendrían mayor sentido artístico. La clientela las desea, y como por el precio que paga es imposible que las ejecuten buenos artífices, corren a cargo de obreros adocenados.

Rodeado de semejantes muebles, con un *Quijote* encima de la mesa, al lado de un tintero talaverano, un velón con bombillas eléctricas y alguna cornucopia colgada del muro, cualquier caballero de industria, novelista románticosexual, comerciante, acaparador, político o contratista de recreos mayores, puede fingirse un alma alta de viejo hidalgo castellano, según la fórmula de nuestros modernos casticistas.

Otros mueblistas y decoradores aspiran a la modernidad; pero, ignorantes y faltos de sentido artístico, creen lograrla traduciendo las peores creaciones alemanas. Para ellos consiste el decorado doméstico moderno en reunir colores intensos y agrios, en multiplicar almohadones y cojines por todas partes entre muebles absurdos. Hay en estas creaciones tanta ridiculez afectación como en las del estilo español; ambas, pareciendo tan dispares, son producto de igual incompetencia y mal gusto.

Queda, finalmente, un grupo de industriales, poco numeroso, dedicados a copiar con éxito, gracias a la maestría técnica de nuestros obreros, los buenos productos extranjeros. Éstos siquiera, aunque su labor sea nula para el desarrollo de ese arte industrial en nuestro país, no sirven y fomentan el mal gusto de las gentes.

Tan sólo algunos carpinteros vascos, formados en viejas tradiciones, trabajando aun en las pequeñas villas, han conseguido hacer muebles que pueden pretender dignamente alternar con los antiguos, hoy tan de moda. Es inútil, en cambio, que un buen mueblista, dirigiendo a excelentes obreros, pretenda plagiarles: entre la educación, la técnica y el espíritu de éstos y la de los artistas antiguos hay inmensa distancia. La misma perfección moderna, en la que hasta el trabajo manual parece hecho a máquina, perjudica esas imitaciones. Los muebles provincianos de antaño eran obra de artífices algo rudos, que trabajaban según su inspiración del momento. Si repetían en una misma obra un motivo, no les preocupaba que fuera exactamente igual las dos veces; si tallaban una moldura decorada de ovas o de cualquier otro tema decorativo repetido, éstos variaban de dimensiones y aun hasta de traza; si esculpían algún adorno, lo hacían libre y ampliamente. Tales cualidades de espontaneidad, de libertad, de variedad dentro de la armonía, son los que prestan gran parte de su encanto a los muebles antiguos. Y son justamente las que no pueden lograr en los modernos ni el mueblista que traza los dibujos, ni los excelentes tallistas que luego los copian escrupulosa, minuciosamente. Es decir, que es inútil pretender que lo que hacen artistas ingenuos y espontáneos, lo realicen hoy operarios habilísimos. La vida, repítese diariamente, no puede volver a vivirse. Es inútil

querer desenterrar cosas del pasado que están ya bien muertas. Nuestra sensibilidad es muy distinta de la de los hombres de los siglos XVI y XVII. Con ella ha variado todo.

Procuremos desviar esta moda pueril por los muebles antiguos y orientar el arte de los actuales por senderos lógicos y razonables, propios de nuestros días.

* * *

Tiene el futuro Certamen de Barcelona un aspecto muy interesante: una de sus Secciones consagrarse al mobiliario de la casa humilde, motivo también de un concurso. Iniciase con ello en España la atención hacia el interior de las viviendas de las gentes modestas, problema que en otras naciones ha sido motivo de extraordinaria solicitud en los últimos años. Antaño, en el campo sobre todo, las casas de labradores y artesanos poseían un ajuar sólido y duradero, que, unido a la vivienda, servía a varias generaciones, transmitido de padres a hijos con aquélla. Eran muebles sólidos y honrados que no engañaban, fabricados por artistas de formación práctica y tradicional. Había como una permanencia del espíritu familiar sostenido en idéntico cuadro.

Hoy, obreros, aldeanos y menestrales, que viven en ciudades o villas no muy apartadas, desechan todos esos muebles que sirvieron a sus antecesores, y bastantes de los cuales pasan a las viviendas burguesas, divorciados de su ambiente natural en virtud del esnobismo moderno. Prefieren esos otros modernos que admiran tras los escaparates de los almacenes de las villas, y que ofrecen un mentido aspecto de falso lujo burgués, y una endeblez que obliga a su pronta sustitución. El progreso industrial facilita a los humildes la adquisición de cosas que tienen la apariencia de las que usan las gentes acomodadas. Al contrario de lo que ocurría antaño, una generación ha de reponer varias veces su mobiliario.

Tan sólo en algunos rincones ignorados de nuestra patria quedan restos a punto de extinción de las antiguas industrias del mueble que surtían a los hogares humildes: pesadas sillas de pino con asiento y respaldo de esparto usadas en Levante, muebles fabricados por las gentes de Albendiego, sillerías de enea andaluzas, anchos bancos castellanos colocados junto al hogar...

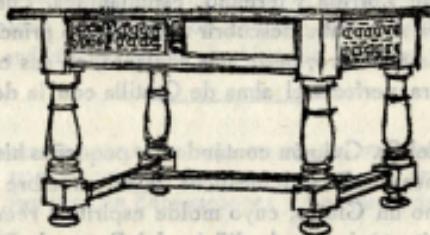
Para ocuparse actualmente del mobiliario y decoración de las casas humildes hay antes que desprenderse de todo espíritu burgués que pudiera malograr los mejores esfuerzos. La vida y necesidades de esas gentes son muy diferentes de las nuestras, y es frecuente intentar organizarlas bajo el mismo plan que las de la clase media, con mayor modestia y pequeñez, rebajando y caricaturizando aun éstas.

Habrá también que tener en cuenta el carácter de nuestros obreros, labradores y menestrales, no tratando de implantar en sus viviendas detalles de refinamiento poco acordes con el sentir de la raza. Sus mobiliarios deberán ser sólidos y prácticos, fáciles de limpiar y lavar, sin partes en las que pueda acumularse el polvo y la suciedad.

Quisiéramos tener una autoridad que nos falta para impulsar a todos los que pueden hacer algo interesante en esta cuestión del menaje popular: arquitectos, carpinteros y mueblistas modernos, decoradores bien orientados, escritores, aficionados, a contribuir con sus dibujos, sus muebles, sus escritos y sus ideas a esta Sección de la Exposición Internacional de Barcelona. Tratar de influir en la orientación artística del interior de las viviendas burguesas o aristocráticas es labor poco consistente, ya que un ramalazo de la moda, cada día más frecuentes y tiránicos, amenazaría con barrer por completo todo lo que se lograse. En cambio, el conseguir que las gentes modestas acomoden el interior de sus casas con algún sentido artístico, sería labor perdurable. «Tan sólo los humildes — ha dicho Chesterton — conservan sus tradiciones; los aristócratas se rigen únicamente por la moda.»

Si en este aspecto tan sólo la futura Exposición de Barcelona nos muestra algo interesante, no será uno de tantos certámenes nulos en consecuencias. Pero además, si después de él se iniciase un arrinconamiento de todo lo hecho hasta el día en el pretendido mueble de estilo español, para seguir normas más lógicas y artísticas, entonces, su éxito sería completo.

T. B.



Quisiéramos tener una autoridad que nos falta para impulsar a todos los que pueden hacer algo interesante en esta cuestión del menaje popular: arquitectos, carpinteros y mueblistas modernos, decoradores bien orientados, escritores, aficionados, a contribuir con sus dibujos, sus muebles, sus escritos y sus ideas a esta Sección de la Exposición Internacional de Barcelona. Tratar de influir en la orientación artística del interior de las viviendas burguesas o aristocráticas es labor poco consistente, ya que un ramalazo de la moda, cada día más frecuentes y tiránicos, amenazaría con barrer por completo todo lo que se lograse. En cambio, el conseguir que las gentes modestas acomoden el interior de sus casas con algún sentido artístico, sería labor perdurable. «Tan sólo los humildes — ha dicho Chesterton — conservan sus tradiciones; los aristócratas se rigen únicamente por la moda.»